

LA FRONTERA

COMO MECANISMO DE EXCLUSIÓN SOCIAL

Beatriz Torres / José Juan Méndez

El estudio de las fronteras no se limita a las demarcaciones jurídicas que se establecen en la circunscripción de los Estados-Nación, entidades federativas o en el ámbito municipal. Es necesario tomar en cuenta otro tipo de conceptualización sobre ellas, como la simbólica, que establece las culturas, identidades, creencias, construcciones mentales o imaginarias. De ahí que resulte preponderante diferenciar los dos tipos de frontera más usuales, que se hacen presentes recurrentemente en el debate: por un lado las fronteras culturales, en las que se resaltan los aspectos identitarios y sentidos de pertenencia; y por otro, las fronteras jurídicas, que se vinculan más a los límites físicos con fuerte contenido simbólico, que determina el nacionalismo. Siguiendo esta idea, las fronteras territoriales han dejado de ser entendidas como líneas geográficas fijas y comienzan a ser dimensionadas como resultado de un proceso dinámico, como producto de una realidad construida y constituida política y socialmente, en permanente cambio en la medida en que la movilidad humana esté presente¹ y las expresiones culturales converjan en un territorio específico.

Para el caso latinoamericano, se ha hecho presente históricamente una diferenciación cultural que ha sobrepasado la diferenciación física que imponen de los límites territoriales, y ésta sienta sus bases en el mosaico multicultural que constituye al continente americano desde antes de la conquista. Tal diferenciación ha dado forma y estructura a la manera de mirar las distinciones, más que físicas y geográficas del territorio, las culturales, que han forjado a través del tiempo un sentido claro de pertenencia que caracteriza a cada nación. De acuerdo con Grimson,² a lo largo de la historia se han desarrollado innumerables espacios sociales donde las diferencias sólo son producidas por la frontera y todo lo que ella implica: sistemas escolares, regimientos militares, medios de comunicación, ejercicio de un sistema político y económico que condiciona el funcionamiento mismo de esa frontera y posibilita las relaciones sociales. La frontera funge como instrumento mediador de las relaciones económico-políticas cuyo reflejo se materializa en el resto de los sectores que integran el territorio. En cada una de estas realidades y principalmente en el proceso de consolidación de los Estados-Nación latinoamericanos, las fronteras

políticas jugaron un papel importante en la definición de las relaciones de poder de los gobiernos de una región con relación a otra. Dicha política de Estado logró afianzarse en la conciencia nacional gracias a la idea de la defensa y mantenimiento del orden, que permitía no sólo el buen funcionamiento de las relaciones político-económicas, sino también la reproducción de una cultura que daba un sentido de pertenencia. Así, con la idea de proteger a los ciudadanos, surgió el principio de exclusión social, que poco a poco fue tomando matices más drásticos hasta llegar a lo racial, donde las fronteras fueron testigo de las más crueles atrocidades.

Frontera y dominicanidad

Desde el descubrimiento de América y hasta mediados del siglo XVII, la isla de La Española fue provincia ultramarina de España y posesión exclusiva de los remotos antepasados del pueblo dominicano. La corona española fue dueña absoluta de la demarcación isleña hasta que hacia 1605 la parte norte fue devastada y abandonada a merced de los aventureros que merodeaban los mares antillanos en busca de tesoros y posesiones territoriales para sus respectivas metrópolis.³ Tal circunstancia permitió que hacia 1640 la parte poniente de la Isla comenzara a ser habitada por bucaneros franceses, quienes con el tiempo establecieron allí una floreciente colonia basada en el trabajo esclavo, que posteriormente sería conocida como Saint Domingue. A partir de 1664, la Compañía Francesa de las Indias Occidentales recibió la concesión para comenzar el desarrollo de nuevos asentamientos, lo que originó una relación hostil entre los pobladores que convivían entre desigualdad económica, tratados políticos, expediciones militares e inestabilidad fronteriza. En 1697, por el tratado de paz de Ryswick, la parte occidental de la isla fue cedida a Francia.⁴

Desde que La Española quedó dividida en dos colonias, una española y la otra francesa, las posibilidades de convivencia fueron interrumpidas por los procesos independentistas que dificultaron todo intento de integración territorial. La temprana experiencia de la revolución haitiana puso de manifiesto las aspiraciones políticas de la nueva nación; la invasión a territorio

¹ Richard Zapata-Barrero, "Teoría Política de la Frontera y la movilidad humana", *Revista Española de Ciencia Política*, Núm. 29, Julio 2012, pp. 39-66.

² Alejandro Grimson, *Fronteras, Naciones y Región*, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín, 2004, p. 24.

³ Manuel Peña Batlle, *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana*, Ciudad Trujillo, 1946, p. 13.

⁴ Alfonso Haroldo Dilla, *Frontera en Transición, La construcción socio-histórica de la frontera dominico-haitiana*, Grupo Ciudades y Fronteras, Yan Impresiones, República Dominicana, 2004.

dominicano y la imposición de nuevas formas de organización social y política alimentó el rechazo de los dominicanos hacia todo lo haitiano. La emergencia del nacionalismo y la construcción de una identidad disociada de toda influencia haitiana constituyeron la base valorativa de la sociedad dominicana. La representación de nación se proyectó en la frontera, cuando los límites territoriales afianzaron la apropiación del espacio, el ejercicio del poder político, la dominación y el control de los actores sociales. De esta forma, la frontera condiciona y establece límites geográficos, idiomas, culturas, cosmovisiones y economías diferentes. Es un escenario dinámico donde convergen una serie de procesos que se han ido estructurando y ratificando a través del tiempo.

La estructura política que se afianza bajo condiciones de legitimidad cultural constituye parte del proceso de construcción de la identidad nacional; en la República Dominicana, ésta se forjó con elementos en muchos casos imaginarios, que definieron al país en contraposición con Haití. El rechazo y separación de lo dominicano con respecto a lo haitiano descansó en los 22 años de ocupación haitiana (1822-1844) y en las décadas de invasiones que siguieron por falta de una frontera definida. En este proceso de construcción de una idea de frontera cobró relevancia la participación de los tomadores de decisiones en cuanto al rol de ésta en las acciones del Estado⁵. El papel protagónico de la frontera dominico-haitiana tuvo su base ideológica en el discurso nacionalista del gobierno dictatorial de Rafael Leónidas Trujillo. La defensa de la dominicanidad legitimó la matanza de haitianos en la zona fronteriza en 1937, hecho que formó parte del proceso de “blanqueamiento” que definiría la ruptura no sólo de dos espacios geográficos sino también de dos sociedades diferentes y antagónicas, sustentadas en principios y valores culturales que pretenden excluir al otro bajo el argumento de la diferenciación fenotípica. Con el transcurrir del tiempo se ha puesto de manifiesto que muchas de las nociones y percepciones sobre la frontera forman parte de un juego de fuerzas marcadas por las relaciones de poder político, que a través de la historia ha instituido las creencias culturales, los prejuicios y las identidades. En República Dominicana, durante el tiempo en que Trujillo permaneció en el poder —1930 a 1960— se llevó a cabo el proyecto de *Dominicanización fronteriza*, cuyo objetivo estuvo dirigido hacia el rescate y defensa de la nacionalidad, hecho que dejó un legado para las posteriores políticas del país y en especial la política exterior hacia Haití.⁶ La construcción ideológica de la frontera, producto de la institucionalización de los valores de la Dominicanización, alimentó la idea de que la frontera

con el país vecino era una zona insegura, violenta, desnacionalizada. Estas concepciones predominaron en la sociedad dominicana hasta el punto de asumir la legitimación de la masacre de 1937 como una medida de defensa de la nación.⁷ Para Trujillo, “la nación debía hacer constantes demostraciones de su existencia jurídica como Estado, debía irrumpir en el campo internacional con actitudes firmes y bien definidas y abandonar la reserva habitualmente pasiva que venía adoptando desde tiempo atrás.”⁸ Esto significaba cambiar el rol de la identidad colectiva, con el propósito de generar mayores beneficios para el desarrollo de la nación y para la legitimidad del régimen. Al afianzar la nacionalidad al interior y proyectarse en el ámbito internacional, República Dominicana daba fe de su existencia, afirmaba su soberanía, rescatando su primacía histórica. Todo con el propósito de restaurar el prestigio perdido y lograr la plenitud nacional, base de los ideales trujillistas.⁹

Para lograr tal objetivo se promovió la defensa de la nacionalidad, aludiendo al peligro que representaba la vecindad con Haití. La delimitación fronteriza requería de atención; sin establecer con claridad los límites territoriales, por lo menos jurídicamente, el “peligro haitiano” fue confrontado con medidas migratorias que violaron desde el principio los más elementales derechos humanos. Bajo esta premisa de la defensa y protección del territorio se cimentó la llamada Dominicanización de las zonas fronterizas, que se lograría a través de cuatro medidas, las cuales hacían referencia a la fijación de los límites que separan a ambos países: la prohibición de la inmigración haitiana; la vigilancia estricta de la frontera con el propósito de impedir la penetración clandestina de haitianos; hacer efectiva la soberanía dominicana sobre la totalidad del territorio nacional; y por último, la *Dominicanización* de las zonas fronterizas.¹⁰

La difícil situación económica que produjo la deforestación del territorio haitiano y la escasez de tierras laborables, trajo consigo un movimiento migratorio hacia República Dominicana. Fue tal la afluencia de haitianos a territorio dominicano que llegó a considerarse el doble de la población dominicana. Esta situación constituyó la base para que la nación considerara a su vecino Haití como una potencial amenaza. Ante estas circunstancias, el gobierno de Trujillo intentó la firma de un tratado con Haití, a fin de no sólo establecer límites fronterizos, sino también asegurar la integridad de ciudadanos dominicanos en territorio haitiano. Pese a tal iniciativa el tratado no pudo

⁵ Robert D. Crasweller, *Trujillo: la trágica aventura del poder personal*. España, Bruguera, 1968, p. 68.

⁶ Alfonso Haroldo Dilla, “Intermediación urbano fronteriza en República Dominicana”. En H Dilla (comp.) *Globalización e intermediación en América Latina*, FLACSO Santo Domingo, Editorial La Nación, Ciudad Trujillo, 1946.

⁷ Su política denominada “La Dominicanización Fronteriza” ha sido la única política específica de desarrollo de la franja fronteriza puesta en marcha por el Estado Dominicano.

⁸ Rafael Trujillo, *Fundamentos y política del Régimen*, Editora del Caribe, Ciudad Trujillo, 1960, p. 89.

⁹ *Ibid.* p. 92

¹⁰ Joaquín Balaguer, *La Isla al revés: Haití y el destino dominicano*, Editora Corripio, impreso en República Dominicana, 1983, p. 27.

concretarse, por el contrario, hubo mayor tensión y violencia en las zonas fronterizas. El dictador dominicano expresaba así la postura de su gobierno: "...el cuantioso sacrificio nos valió poco, porque las dificultades no cesaron y el incesante aumento de la población haitiana, muy diferente de la nuestra, nos crea continuas molestias de penetraciones que mantienen vivo el problema de la convivencia en la isla".¹¹ La solución al problema haitiano se vinculó estrechamente con la noción de defensa de la nacionalidad, la identidad nacional, la supervivencia, la autonomía y el bienestar económico de los dominicanos, que dependía de la unidad de la "Nueva Patria". Para lograrlo, Trujillo estableció una serie de acciones para detener la migración haitiana. Ordenó una nueva reglamentación para reducir el porcentaje de trabajadores haitianos en los ingenios azucareros y se estableció una ley para expulsar a los que trabajaban de manera ilegal. También ordenó un despliegue masivo de tropas militares para evitar el paso de haitianos a la República Dominicana.

Blanqueamiento de la frontera: medio de fortalecimiento de la dominicanización

Para 1937, las medidas tomadas por el gobierno dominicano demostraban ser insuficientes y ante la sospecha de que se estaban gestando planes en su contra desde Haití, Trujillo ordenó la *limpieza étnica* en la zona norte de la frontera y el valle del Cibao, acto que cobró la vida de miles de haitianos y de dominicanos de origen haitiano.¹² Este "blanqueamiento" fue uno más de los mecanismos de exclusión étnica y racial utilizados por Trujillo para legitimar el discurso de la defensa de una dominicanidad como elemento de la identidad nacional. Si bien la capacidad organizativa del gobierno trujillista para integrar a la población en dicho proyecto fue eficaz, al grado de considerar la matanza de haitianos como una epopeya nacionalista, la presencia de éstos nunca dejó de ser una necesidad para la economía dominicana. En ambos casos, la "dominicanización" significó para las sociedades fronterizas un proceso de colonización que no sólo implicaba institucionalizar nuevos órdenes y relaciones de poder, sino desinstitucionalizar una gama de relaciones y valores de convivencia siempre al borde del resquebrajamiento.

¹¹ Rafael Trujillo, *Discursos, Mensajes, Proclamas*, Tomo IX, Editorial El Diario, Santiago, República Dominicana, 1951, p. 16.

¹² Valentina Peguero, *The militarization of culture in the Dominican Republic: from the Captains General to General Trujillo*, University of Nebraska Press, USA, 2004.



Para asegurar el éxito del proyecto se consideraron cuatro aspectos esenciales: el económico, el moral, el político y el racial. Desde el punto de vista económico, nacionalizar las fronteras implicaba crear riqueza en esas zonas del país, para frenar la actividad comercial sostenida con Haití. Trujillo promovió la incorporación de las comarcas fronterizas a la economía dominicana, logrando frenar con ello el comercio clandestino en esta parte de la nación. Se involucró a los militares, cuyo bagaje social era en su mayoría rural, dotándolos de funciones como trabajadores agrícolas, administradores de tierras y vigilantes de las colonias agrícolas. Todo para facilitar la socialización e interacción entre la sociedad civil y los militares, la manera de promover y promocionar el *ethos* militar en las áreas rurales y legitimar al régimen.¹³

Con el propósito de poner fin a la desintegración moral que sufrían las zonas fronterizas dominicanas por la influencia de costumbres y prácticas religiosas haitianas, se fortaleció la práctica del culto católico en las comarcas fronterizas y se creó en esas regiones un tipo de escuelas en que se suministraba una instrucción fundamentalmente cristiana.¹⁴ El aula se pone al servicio de la cultura cívica y del régimen, todo con el propósito de crear una nueva generación de dominicanos. La intención de afianzar los principios y valores de la identidad dominicana bajo el concepto de superioridad denotó la fortaleza ideológica que Trujillo impregnó sobre la sociedad, que asumió desde entonces un nuevo rol social. En cuanto a lo político, la dominicanización de la frontera consistió en la permanente evocación de estos territorios como escenarios de las luchas sostenidas por el pueblo dominicano por su independencia; esto, reforzado por las actividades de propaganda patriótica que realizaban las escuelas fronterizas, que no sólo contribuyó al fortalecimiento del sentimiento nacionalista en el alma de las nuevas generaciones, sino también a devolver a los ciudadanos dominicanos de la frontera la conciencia de

¹³ Valentina Peguero, *op. cit.*, p. 22.

¹⁴ Joaquín Balaguer, *op. cit.*, p. 87.

su personalidad y de su origen hispánico. Desde el ámbito racial, la dominicanización con sus aspectos anteriores lograría evitar el contacto con los “bajos fondos” de la sociedad haitiana, y a través del desarrollo y promoción de las riquezas atraería una apreciable corriente migratoria formada por elementos de raza caucásica. Esta idea de fortalecimiento del origen marcó en lo sucesivo las políticas migratorias y raciales de los gobiernos post trujillistas. En este sentido, Peña Battle, en su momento encargado de la supervisión y dirección del tratado fronterizo, anunciaba la condición de inferioridad del haitiano con respecto al dominicano de la siguiente forma: “El haitiano que nos molesta y nos pone en aviso es el que forma la última expresión social del lado de la frontera. Ese tipo es francamente indeseable. De raza netamente africana, no puede representar para nosotros incentivo étnico ninguno.”¹⁵

Este es un ejemplo claro de cómo se concibió al haitiano desde las instituciones estatales, las cuales promovieron el discurso político que sirvió para generar un mayor aislamiento y así evitar que se reprodujeran las interacciones fronterizas que normalmente se habían desarrollado por ser zona de contacto. En República Dominicana se incrementó la necesidad de establecer un sistema de seguridad abarcador y confiable que proporcionara estabilidad a los habitantes dominicanos, dado que la frontera fue punto de tensión al delimitar la división territorial y la separación de esa historia étnica que había unido a dos pueblos y que con la política de dominicanización los separaba hasta convertirlos en naciones antagonicas. Los letrados dominicanos¹⁶ se apresuraron a conformar el establecimiento de un Estado nacional moderno con la fuerza suficiente para validar la soberanía nacional, proyecto civilizador que tuvo que resolver problemas de espacios, lugares y formas. Así, la primera gran tarea tendría que ver con la producción argumentativa dirigida hacia la legitimación del cuerpo de la patria, es decir, su funcionamiento como un todo nacional y de forma inseparable de los conceptos de pueblo, nación y Estado en torno a la idea de territorialidad. Para lograrlo, fue imprescindible incursionar en la producción intelectual dirigida a ordenar el pasado dominicano, bajo la álgida representación y consolidación de los valores nacionales.

De la intelectualidad al servicio del régimen trujillista surgió Joaquín Balaguer, quien hizo énfasis en la necesidad de impulsar y promover la dominicanización de la frontera, a la que concibió como una reacción nacionalista y en cierto modo patriótica contra la invasión pacífica haitiana y contra lo que los haitianos habían representado secularmente en la historia nacional.¹⁷ Las relaciones transfronterizas fueron

¹⁵ Manuel Peña Battle, *op. cit.*, p. 63.

¹⁶ Para profundizar en torno a la temática y el papel que jugaron los letrados en República Dominicana, véase Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Ediciones Taurus, Santiago de Chile, 2004, p. 24.

¹⁷ Joaquín Balaguer, *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*, Editora Corripio, República Dominicana, 1988, p. 95.

¹⁸ Antonio Machado, *op. cit.*, p. 72.

eliminadas para implementar un nuevo orden basado en la consigna de que la patria es un patrimonio sagrado en que los sufrimientos y las esperanzas comunes alternan con los vínculos del suelo y las riquezas materiales. Bajo este contexto, la frontera se convirtió en una franja imaginaria que dividió a dos naciones, espacio protagónico de significación de una sociedad violentada por las aspiraciones políticas de un gobierno afianzado y legitimado por acciones represivas y de exclusión social. En el contexto de una reciprocidad en el ámbito económico, paradójicamente se fueron afianzando relaciones sociales al tiempo que la negación de la interacción surgida de dichas relaciones marcaron las diferencias étnicas. De acuerdo con Machado,¹⁸ dominicanizar fue para la intelectualidad de este periodo volver la patria entera a la hispanidad, a su origen. Quitar del espíritu nacional lo que sea dilapidación, estragamiento o torcedura por obra de las extrañas influencias, lo que es igual a devolver al súbdito nacional actual el sentido histórico primigenio que los avatares esfumaron o enterraron y reponer en él la fórmula armoniosa de un vivir civilizado en plenitud: cristiano, esto es construir un ciudadano que viva en Dios, para su patria, para sus antepasados, en libertad. Eso es Dominicanizar la frontera. En este sentido, la dominicanidad se institucionaliza como una identidad hispánica, católica y blanca en contraposición al haitiano que es negro, africano y pagano. Tras el ajusticiamiento de Trujillo y durante el gobierno de Balaguer, conocido en la historia dominicana como “los doce años”, la frontera continuó siendo en lo fundamental una frontera cerrada, con el agravante de que cesaron las inversiones públicas y el mismo tema desapareció del discurso y de las políticas públicas.

El principal elemento de reanimación provino de compañías multinacionales, que establecieron enclaves económicos de exportación. Sin embargo, los intercambios fronterizos continuaron siendo limitados, exceptuando la fuerza de trabajo haitiana contratada por las corporaciones azucareras dominicanas, que ha sufrido una marcada exclusión social. Este trasiego de personas resultaba de acuerdos intergubernamentales y constituía el negocio más lucrativo al que podían acceder funcionarios y militares de ambas partes. La dominicanización fronteriza ha sido el único proyecto de desarrollo planteado por el Estado dominicano para la frontera. Lamentablemente, ha sido una percepción predominante hasta la fecha en la clase política y en los planificadores dominicanos.■

María Beatriz Torres Contreras (Ciudad de México, 1967). Mexicana, licenciada en Estudios Latinoamericanos por la UNAM; maestría en Humanidades, Estudios Latinoamericanos, por la Universidad Autónoma del Estado de México UAEM. Candidata a Doctora en Urbanismo por la UAEM. Es académica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y de la UAEM en Nivel Medio Superior.

José Juan Méndez Ramírez. Mexicano, doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma del Estado de México. Profesor Investigador de Tiempo completo en la Facultad de Planeación Urbana y Regional UAEM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores SNI I.